

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1637

Valores y giros a A. Barrera

SANGRE PROLETARIA

El atroz asesinato de Wilkens provocó un enorme sentimiento de indignación en todo el proletariado del país. La primera consecuencia fue el puro general de protesta, alentado por nosotros y secundado por los trabajadores conscientes. Durante el desarrollo de la huelga, en nuestro Boletín, extraordinario del lunes 18 del corriente publicamos el siguiente artículo apologético:

WILKENS EL MARCIR

Y el tributo de sangre fué pagado con creces, con la generosidad que solo pueden albergar los corazones grandes. Y la bestia autoritaria, espantada y ahíta de la noche moral que envuelve al mundo, y harta hasta reventar todos los chacales de la autoridad que revuelven las carroñas en los muladares y todos los perros sarnosos y famélicos que guardan la mansión de los amos.

Kurt Wilkens había entregado su vida, toda su sangre generosa, a la causa sacrosanta del proletariado. ¿Qué le importaba el hombre con un corazón más grande que el mundo, la sanción de la justicia histórica, la condena monstruosa por parte de los que jamás llegarían a comprender la grandeza de su gesto? De su vida solo le quedaba la materia; y eso era lo único que entregaba a sus jueces. Su alma, su espíritu todo lo había volcado en el surco radiante, en la estela luminosa que dejó tras sí, al explotar, la bomba vengadora. Y con el verdugo Varela, con la fiera muerta al salir de su cabil, se fué también su última esperanza de vida material, vegetativa, en esta sociedad de lobos.

Le quedaba a Wilkens, sin embargo, la satisfacción de saborear su venganza... y de haberse querido por todos los que supieron apreciar su sacrificio. El hombre silencioso que había rechazado todo lo que no fuera propio de su intimidad y de su espíritu íntegro, marchaba tranquilo y satisfecho al sacrificio, y afrontaba sereno el Calvario de su expiación — la expiación que han cumplido todos los apóstoles y todos los santos — seguro de que sería fecunda la lección para quienes sólo tienen desprecio para los humildes y para los resignados.

Y la justicia de los hombres debía cumplirse. La sociedad burguesa, la misma que engendró al monstruo abatido por el brazo vengador, ya saboreaba su terrible e inexorable venganza. Para toda la vida sería encerrado en un ergástulo el justiciero Wilkens. ¿Qué fuerza podría detener el brazo de los rayones? No habrá perdón para el rebelde, para el ánimo juez surgido de la masa a fin de reparar una enorme injusticia social! Eso dijeron los curiales y lo repetieron todos los lacayos, todos los viles, todos los proxenetas que viven con las migajas que les arrojan los hartos, los satisfechos. Pero Kurt Wilkens, que fué grande y generoso hasta en el momento de matar, no merecía esa muerte leve, brutal, cobarde. Él había sabido enfrentar al monstruo que ni siquiera merecía el más mínimo fragmento de la bomba anarquista: la bomba que tiene, en su explosión, toda

la grandeza de los partos violentos y por lo mismo fecundos. ¿Quién es ese Pérez Millán, cachorro de perro escrofuloso, que ni siquiera puede juzgar para sí como un acto espontáneo, la muerte de nuestro compañero? ¿Qué ideales puede alegar para justificar su atroz asesinato, ese vil instrumento que emplearon otros hombres para realizar su cobarde venganza!

¡Que se nos diga cuál es el fin social de ese cobarde asesinato! ¡Que se nos demuestre que el gesto de este miserable aborto de la sociedad burguesa, responde a un propósito desinteresado, o es, al menos un acto individual, dictado por un sentimiento confesable!



Kurt G. Wilkens

Nosotros hemos reivindicado a Wilkens. Contra la calumnia y la infamia que pretendieron arrojar contra él todos los bufones del periodismo y todos los lacayos de la burguesía, expusimos nuestro concepto del atentado social, que es manifestación de altísima justicia cuando la infamia y el oprobio se erigen en norma moral para la vida de los pueblos.

Que la canalla dorada y sus bufones defendan a su héroe... ¿Es un vengador ese repulante asesino? ¿Comienza la sociedad burguesa, la vindicación de supuestos ultrajes inferidos por los hombres que están al margen de sus leyes, a individuos de semejante cadadura moral? ¡Ah, no se atrevían a tanto los instigadores de ese orfénico Alexoso!

¡Ah, Wilkens, te avanzaron de la vida quienes sabían que jamás podrían derrotarte! Unicamente así podrían derrotarte. Pero eso, ¿qué importa? Tu espíritu será impercedero y de tu gesto quedará el ejemplo grandioso, que no podrán borrar de la memoria del pueblo todos los enemigos de los ideales que te llevaron al sacrificio supremo.

Y quedará también como impercedero recuerdo el surco de luz que dejó, al explotar, la bomba vengadora. ¿Quién podrá revocar el fallo de la justicia popu-

lar? En vano tratarán de denigrar tu memoria, hermano Wilkens, los que son incapaces de comprender toda la grandeza de tu sacrificio.

Tú has muerto para los hombres... Pero tu espíritu vivirá con nosotros y nos confortará en los momentos de amargura y de decepción, haciéndonos más dignos de las ideas que tan noble y desinteresadamente supiste defender.

Y ante los restos mortales del que fué nuestro compañero de luchas y de ideales, inclinamos la cabeza por un momento para verter una lágrima de pena, ya que no podemos en otra forma dar rienda suelta a los rancores que se agitan en nuestro pecho. Salud tú, oh Wilkens, que supiste dar a las ideas todo lo que tenías: la vida! Tu sacrificio no habrá sido en vano. ¿Cuántos hombres generosos y altruistas seguirán tu ejemplo, en esta larga vía cruenta del proletariado?

LA VIOLENCIA DE WILKENS

El mismo día que nuestro compañero Wilkens caía bajo el plomo asesino del esbirro Pérez Millán, en el diario apareció la siguiente semihueva moral del héroe y el elogio que le su gesto hacia el camarada Pierre Ramus.

Nos interesaba conocer la opinión de Pierre Ramus sobre el hecho de Wilkens. Este admira y en cierto modo es un especie de discípulo de las teorías de Pierre Ramus, que como se sabe ha fusionado el tolstoyanismo con los medios económicos de lucha para la emancipación del proletariado y de la humanidad en general. Ramus es un adversario irreductible de la violencia; en el movimiento antimilitarista representa siempre el extremo del absoluto antimilitarista, en lo que choca con nosotros, que admiramos y no tendríamos inconveniente en participar en esa especie de guerra de guerrillas que caracterizó tan perfectamente en estos últimos tiempos el compañero Machno. Sobre el hecho de Wilkens esperábamos un juicio desfavorable por parte de Ramus; sin embargo, un suelto de Erkenntnis und Befreiung y una carta particular nos han aclarado con amplitud su punto de vista. Al fin y al cabo, Wilkens es un enemigo de la violencia, un adversario del terrorismo y no obstante ha realizado un acto que puede juzgarse superficialmente como una repetición de los hechos de Ravachol o de Caserio.

Pero no es eso, el hecho de Wilkens es tan hondamente humano, tan comprensible, casi tan lógico, que no podríamos parangonarlo con los actos corrientes de la época del anarquismo heroico, o con los atentados de los últimos años en España y en Italia. Ramus dice que no es un enemigo de esos camaradas que recurren a los medios extremos para reparar una injusticia, como se ha dicho tan a menudo. Primeramente, no es un juez, sino un anarquista; por eso no sólo puede concebir muy bien tales hechos como actos de venganza política de naturaleza prisionera, es decir comprenderlos psicológicamente, sino también apreciarlos. Dice que si el mismo hubiese estado en Rusia en la época del zarismo, habría probablemente sido miembro de los social revolucionarios maximalistas y hasta de las organizaciones secretas de lucha y de acción. La violencia, agrega en una carta al camarada Ramus — el adversario de la violencia, el anarquista que más combatió los medios de lucha sangrientos

sólo puede cambiarse con la violencia. Y explica así ese pensamiento; lo que yo combato es la concepción de que se puede abolir la violencia, es decir, que el anarquismo puede ser realizado por medio de la lucha armada violenta. Sin embargo, estima y aprecia el auto sacrificio de Wilkens, y si no, por otra parte, es debido fundamentalmente a que solo yo pago lo que él mismo hace, y además, porque la vida de un Wilkens es mucho más útil para nuestra causa que su hecho; su vida es mucho más preciosa que la del canalla Varela.

Recuerda también que el nombre de Wilkens, con el de August Balmadorf, otro noble vengador, merecen vivir en la conciencia del proletariado alemán y estimularlo a libertarse de una vez del idiotismo de los nacionalistas alemanes. En Wilkens vieno un tesoro de nuestro movimiento internacional, dice Ramus más adelante; su auto sacrificio en pro de los derechos de sus hermanos argentinos se ha convertido en un símbolo famoso para el proletariado alemán.

En fin, las apreciaciones del camarada Ramus sobre Wilkens son más significativas que las de los apologistas sistemáticos de hechos aparentemente idénticos. Las ideas de Wilkens se encuentran en la propaganda de Ramus, y era útil saber la actitud de ese camarada. Él nos dice que si hubiera vivido en Rusia en la época del zarismo, habría combatido en las organizaciones de acción. Por tanto, su juicio del hecho de Wilkens no puede ser más acertado desde el punto de vista de sus ideas y de las del propio Wilkens. Los anarquistas de la Argentina han expresado en la práctica su opinión sin reservas; su historia revolucionaria no es una historia terrorista, pero los actos de un Radovitzky o de un Wilkens, lo repetimos, son de naturaleza terrorista.

La venganza, en la mitología griega, era un placer de los dioses; la venganza es un sentimiento muy arraigado en la naturaleza humana; dejemos aparte la cuestión de su valor moral y social; la venganza vive en nuestros corazones; Wilkens se vengó o más bien, interpretó un sentimiento colectivo de venganza y por eso recibió en compensación la solidaridad de todos los trabajadores de la región. Y es satisfactorio ver que esa solidaridad ha comprendido el significado revolucionario del heroísmo de Wilkens.

Me es demostado también la historia de los procedimientos judiciales para mi rarios con superlativos vacuación. Los jueces son hombres y han mostrado siempre, como tales, su debilidad. Si las crímenes más grandes han sido perpetrados por los tribunales de Justicia. — RUMMEL (Ex Senador de los Estados Unidos)

Los hombres políticos en su sed de riquezas, no se contentan con los millones del presupuesto, positivamente robados a la Nación. Han añadido la estafa al robo. Además de emplear ordinariamente los medios más repulsivos para arrastrar al rebaño electoral, han adquirido la costumbre de mezclar sus intereses personales a la política, de intrigar en la Bolsa, en las sociedades bancarias, en las adjudicaciones de contratos, en las condecoraciones, etc. De este modo exalta el parlamentarismo hedonista de basuras y de inmundicias bien característicos. Las gentes lógicas, proponen que se reemplazo el mentiroso letrero republicano de la parada del palacio de la autoridad, por estas sencillas palabras: Deposito de inmundicias. — DUFFAULT, ex diputado francés.

Confesión del Karl Kautsky sobre la originalidad del Manifiesto comunista

(Continuación)

Respecto a esto debe ser advertido cortemente que la completa ruptura entre el proletariado y la burguesía radical ocurrió en las jornadas de junio de 1848, en las barricadas de París, lo cual es testimoniado por todos los historiadores de aquellos días, por el obrero Dejacque y sus contemporáneos, Hugo, Vidal, Proudhon, Herzen y Turgueneff. Esta fórmula fué introducida en los estatutos de la Internacional de acuerdo al deseo de los obreros franceses, los que también sostuvieron que en la Internacional sólo debían ser admitidos como miembros, los obreros manuales.

El noveno descubrimiento, — la serie es accesoria, — es el llamado método dialéctico.

Sobre esto debe contestarse sonriendo que ya Aristóteles (nacido el año 384 antes de Cristo y muerto el 323) describió este método en su lógica y menciona como descubridor del mismo a Zenón, filósofo griego de la escuela eleática, fundador de la escuela de los sofistas (no confundirlo con el Zenón de Citión, el fundador de la filosofía estoica). Por consiguiente ese método no se necesitaba descubrirlo, introducirlo en el socialismo fué un trabajo perjudicial, porque "altera las ideas" (Wundt) y transforma por ello a los marxistas en sofistas.

El décimo descubrimiento: "El método inductivo, que trasladaron a la filosofía Bacon y Locke, originó el curso metafísico de las ideas" (Engels).

Aquí debió contestarse que la metafísica y el curso metafísico de las ideas ya habían sido expuestos por Aristóteles; en tiempos más recientes señaló Marx a Hegel como un "imperator" de la metafísica. Bacon y Locke, al contrario, crearon el método inductivo de la ciencia y del materialismo de las ciencias naturales; otro materialismo — económico o dialéctico — no existe científicamente; sino a lo sumo en las cabezas de los analistas científicos, de los ignorantes y de los charlatanes.

El undécimo descubrimiento debe consistir en que Marx y Engels proclamaron los primeros la importancia de la legislación protectora de los trabajadores.

Otra vez falso, se debió contestar. Y en 1802, es decir, mucho antes del nacimiento de Marx y Engels, introdujo el ministerio Pitt (padre), originadas por la iniciativa de Owen, las primeras leyes de fábricas, y más tarde 1809, 1812, 1819 siguieron numerosas leyes de la misma naturaleza. Ya en 1836 una comisión propuso la instauración legal de la jornada de trabajo de diez horas. Todo esto sucedía en una época en que Marx y Engels estudiaban como muchachos en Alemania, donde los obreros trabajaban 14, 16 y 18 horas por día.

El duodécimo descubrimiento. La ley del salario de trabajo mínimo, ha sido descubierta en 1847 por Engels, según afirmación propia.

Es posible que usted la descubriera, se le contestó, pero la ciencia conocía esa ley como la ley de Turgot-Ricardo, sobre la que escribieron extensamente Buret, Mill, Laveley, Lassalle y todos los economistas.

Así, cortés y modestamente, contestaron todos los eruditos socialistas reales, especialmente los populistas — narodniki — y los anarquistas a las arrogancias de los marxistas. Sin embargo éstos respondieron que los socialistas y los anarquistas eran burgueses, que eran utopistas ignorantes. Las voces de los adversarios fueron ahogadas en el coro de los cantores de alabanzas. La veneración hacia Marx y Engels creció y se fortaleció más y más; especialmente fuertes en su veneración eran los alemanes.

"Alemania fué la guía de la humanidad en su lucha gigantesca... clan o orgulloosamente Bebel; no es un accidente for-

tuito el descubrimiento y la fijación por los alemanes de las leyes seguras de la evolución social y las bases científicas del socialismo. El primer puesto entre esos alemanes corresponde a Marx y a Engels" (*La mujer y el socialismo*).

"El descubrimiento de Marx de las leyes de la evolución de la expresión capitalista de la industria se presenta como un hecho científicamente irrefutable, lo mismo que los descubrimientos de Kepler y de Newton sobre el movimiento de los cuerpos celestes. El *Capital* de Marx fué llamado la biblia de la clase obrera... Pero este calificativo cuadra más al Manifiesto comunista... Representa la verdadera quintaesencia del socialismo" (Kautsky en su biografía laudatoria de Engels, compuesta en la época en que éste vivía aún y con su consentimiento).

"El día de la aparición del Manifiesto comunista se abrió una nueva era" (Antonio Labriola).

La fama del autor de esta "grande aunque no voluminosa obra" (palabras de Pleckanoff) creció y llenó el mundo entero. En todos los países sus teorías fueron glorificadas; de acuerdo a ellas los campesinos y todos los seres humanos, en bien de la humanidad, deben empobrecerse más, perder la tierra y trabajar pesadamente para algunos capitalistas. Los verdaderos amigos del pueblo sentíanse enfermos y rechazados por esos lugares comunes sobre la necesidad de la pobreza y del empobrecimiento progresivo; pero la gran masa de los ignorantes se maravilló y entonó himnos a la sabiduría de los autores.

Era esencialmente cómo esto: Se alzó de modo particular el Manifiesto comunista; pero sobre el comunismo propiamente no se encuentra casi ninguna palabra en ese escrito. Ni siquiera la divisa de todos los comunistas: "Igualdad para todos los seres humanos; de cada uno según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades", se halla mencionada una sola vez en el Manifiesto comunista. Al contrario, se habla allí del monopolio de Estado, de la organización de ejércitos de trabajadores, de obligación del trabajo, de cultivo de la tierra según un plan general, bajo el mando de los superiores, de aquellos a los que, según Engels, será entregada por completo la clase campesina "torpe" y empobrecida, mientras que todos los instrumentos de producción deben ser centralizados en manos del Estado.

Pero esto no es comunismo, sino opresión, disciplina y servidumbre, me digo yo.

Los socialistas y comunistas de 1848 usaban un lenguaje muy diferente. Comencé a comparar el Manifiesto comunista con los escritos del año cuarenta del pasado siglo, y con el mayor asombro reconocí que el Manifiesto, en sus ideas directrices teóricas, está sencillamente copiado del Manifiesto de Victor Considerant, es decir, de la obra de un no comunista y de un no revolucionario. Y hasta las diez "medidas" prácticas del Manifiesto común. — con el fin de la monopolización total de la vida social por el Estado, sobre los ejércitos del trabajo, en especial para la labor del campo, aparecieron igualmente tomadas a otro francés que tampoco fué comunista ni revolucionario. Fueron tomadas a Vidal, que las había elaborado articuladamente, en forma de decretos legales, como un sistema completo de reformas estatales y sociales. Lo demás lo encontré en un libro de un reformador pacífico y de un fourierista, Buret: *Sobre la miseria de la clase obrera en Inglaterra y en Francia*. Este libro lo señaló la Academia Francesa de las Ciencias en el año de 1840 por su recepción; y este libro fué traducido al alemán por Engels, que tenía entonces 23 años, y publicado con su propio nombre, como obra suya. También el profesor Andler dice sobre esta obra: "El libro de Engels es sólo una redacción un poco diversa de la obra de Buret".

Por consiguiente, para mí se aclaró el origen de las perlas científicas de estos enemigos de los campesinos. Reconociendo Marx y Engels no han descubierto ninguna especie de ley científica para el socialismo. Su teoría del empobrecimiento necesario de los campesinos es el fruto del juego dialéctico y de un salvaje pensamiento inhumano extraño a todo socialismo. En ninguna parte, ni en la naturaleza ni en la historia, ni en la economía ni en el socialismo existieron tales monstruosidades como grados necesarios de evolución para la realización del socialismo. Sostener en nombre de la ciencia el beneficio o la necesidad del empobrecimiento progresivo de los campesinos, es una injuria consciente a la ciencia, al socialismo y a la humanidad.

Lector, confieso: cuando descubrí que el empobrecimiento necesario del pueblo había sido predicado por plagiógrafos y por sus creyentes, por secuaces deslumbrados y demasiado a menudo ignorantes, como la más alta verdad, mi alegría no tuvo límites. Hice partícipes a los verdaderos amigos del pueblo. Estos me animaron y me apoyaron moralmente en mis trabajos de investigación; y cuando comencé en 1893 a publicarlos en forma de monografía, se les tributó gran atención y fueron traducidos a casi todos los idiomas europeos.

Sólo en idioma alemán no apareció nada hasta el año 1905, con excepción de mis investigaciones sobre la concentración del capital. Pero en ese año el camarada austriaco P. Ramus tradujo mis descubrimientos sobre el plagio del manifiesto de Considerant realizado por Marx y Engels, como también la redacción y apropiación del trabajo de Buret por Engels. A estos trabajos añadí Ramus también un artículo del social-demócrata italiano Labriola, que aprobó mis precisiones.

Esta circunstancia fué la que impulsó a Kautsky a publicar un artículo en el número 47 de *Neuen Zeit* (18 de agosto de 1906) contra el folleto editado por Ramus, artículo que apareció casi al mismo tiempo en ruso como folletín de un periódico social-demócrata georgiano. El artículo se dirigía especialmente contra mí.

En su periódico *Révue du Progrès*, que comenzó a editar en 1839, inició Luis Blanc la publicación de su sistema del socialismo de Estado.

«No es extraño que Kautsky me suponga desconocedor de la literatura socialista del año cuarenta y siga y se apoye casi con las mismas palabras de mi cita, escrita hace dos lustros?»

Dice Kautsky en otra página de *Neuen Zeit*, y quiere demostrar con eso el desconocimiento mío y de Labriola de la literatura socialista de aquella época:

"Se ve, es una pura casualidad que Tcherkesoff y Labriola vean en el Manifiesto de Considerant, las fuentes secretas de las ideas del Manifiesto comunista. Del mismo modo las habrían podido encontrar en el libro de Luis Blanc, o en el de cualquier otro socialista de aquel tiempo".

Si Kautsky hubiera leído mi obra, entonces, — supuesta siempre su honradez — no podría escribir la frase anterior. Pues en lugar de rotularme confirma y fortifica mi demostración, ya que digo allí:

"El Manifiesto comunista no contiene un pensamiento original; todas sus generalizaciones estaban difundidas como verdades, poseían su valor general para los socialistas franceses del treinta y del cuarenta y al mismo tiempo para los emigrantes alemanes, que quedaron siempre en relación con ellos. No sólo han sido expresados algunos pensamientos sobre la lucha de clases, sobre la adversidad de intereses entre el proletariado y la burguesía por Paqueur, Vidal, Proudhon, Blanc, Buret, Villagardelle y después de ellos por los alemanes Grün, Weitling, Schuster y otros, sino que Marx y Engels recibieron en sus manos una brillante recopilación de todas estas ideas generalmente extendidas en la magnífica obra del fourierista V. Considerant, que fué publicada en 1847 bajo la forma de un manifiesto con el título: "Principios del socialismo; Manifiesto de la democracia del siglo XIX".

¿Podría Kautsky recomendarme el reconocimiento de la literatura socialista de aquella época si hubiese leído mi obra?

Wladimiro TCHERKESOFF
(Continuará)

En el caso de que no haya leído nunca mi libro y sólo haya ojeado el mismo, ¿con qué derecho polemiza contra mí, él, que pretende poseer instrucción y erudición literaria?

Tampoco conoce Kautsky el original italiano del artículo de Labriola. Labriola comienza un nuevo párrafo con estas palabras: "Marx non è detto nemmeno una silaba di più", es decir: Marx no ha dicho ni una silaba más. Ahora bien, Kautsky cita esta frase, no según el original, sino según la traducción de Ramus, que en lugar de "silaba" dice "ni una palabra más". De esto se deduce que Ramus tomó el artículo de Labriola de mi traducción francesa del mismo, en la que yo escribí justamente "pas un mot". Esta circunstancia, por lo demás insignificante, demuestra que Kautsky no se tomó el trabajo de leer en el original el artículo de Labriola.

Wladimiro TCHERKESOFF
(Continuará)

PROGRESO Y TRADICION

Dejemos aparte la polémica entre los afirmadores y los negadores del progreso y adoptemos esta palabra en su sentido corriente y popular, según el cual es indudable que el anarquismo ha realizado progresos palpables e incesantes en el corto pero heroico y activo período de su historia. En el anarquismo apreciamos sobre todo el progreso en el perfeccionamiento de los medios tácticos y en la aclaración y propaganda de los principios ideológicos que le dan razón de ser en el campo revolucionario, y ese perfeccionamiento debe responder al objetivo propuesto, que es la liberación del hombre de todas las cadenas artificiales que lo esclavizan en el lecho de Procusto de los regímenes autoritarios.

Recordamos las luchas de los internacionalistas del primer período, por ejemplo los jurasianos, que llegaron en pocos años a ocupar el puesto de vanguardia en las filas de la Asociación Internacional de los Trabajadores; los jurasianos comenzaron considerando sus relaciones con los radicales suizos, como completamente se unían con los partidos políticos burgueses para la participación en las elecciones; y desistieron de la lucha electoral a causa de los fracasos reiterados y de los engaños de que fueron siempre víctimas. Desde esos primeros esbozos hasta el congreso de Saint-Imier se ve que hay una diferencia considerable, y como esa diferencia se ajusta al perfeccionamiento de los medios que han de llevar a la prosecución de los fines, caracterizamos con el nombre de progreso esas modificaciones de principios y de táctica.

Comparando las órdenes del día de los congresos internacionales obreros de hace 60 ó 70 años, en que se discutían por los trabajadores, como en el de Ginebra de 1866, los impuestos directos e indirectos, la institución internacional del crédito, la necesidad de aniquilar la influencia rusa en Europa por la aplicación del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y la reconstrucción de una Polonia sobre bases democráticas y sociales, etcétera, con las que se discuten hoy en los congresos de los herederos de la Primera Internacional, no podemos dudar en el reconocimiento de los progresos y de los adelantos operados. Los temas que discutían los congresos obreros anteriores al predominio bakunista, son hoy discutidos tan sólo por los organismos esclavizados a la social-democracia de todos los países. Los bakunistas han ido mucho más allá y no cesarán de avanzar. No es posible prever hasta dónde llegarán los elementos libertarios en el incesante perfeccionamiento de sus tácticas y en la aclaración y propaganda de sus principios; pero sí es posible medir los progresos realizados hasta aquí, y de acuerdo al espíritu que animó esos progresos estamos autorizados a predecir que no cesarán en modo alguno las evoluciones y los movimientos de avance dentro del anarquismo.

momento? Si esas necesidades están en contradicción con sus fines, claro está que no; si se quiere que incorpore a su táctica la reivindicación del principio de autoridad, por ejemplo, naturalmente, el "anarquismo viejo" no ofrece elasticidad alguna; se opone tesoneramente a ese enriquecimiento de las ideas y puede merecer cualquier calificativo de parte de los decepcionados en sus ilusiones progresistas. En tiempos de la guerra, también se defendía la corriente de los aliadófilos como un progreso, y se insultaba en nombre del anarquismo a los que ponían empeño en mantener en alto la bandera de los principios. ¿No eran reaccionarios, según Malato, los anarquistas que no simpatizaron con la guerra "hasta el fin" contra Alemania? ¿No eran sectarios empedernidos e incorregibles? ¿No declaraba la crisis y la impotencia del anarquismo para escuchar los imperativos de la realidad? Eso no impide que tengamos derecho a proclamar como un progreso la reafirmación de las ideas anarquistas contra la prédica autorizada por las altas figuras de nuestro movimiento. Y del mismo modo consideramos que el anarquismo ha progresado después de la revolución rusa considerablemente con sólo levantar frente al "progreso" de los desertores y claudicantes la vieja ideología.

Todas nuestras ideas han sido vitalizadas, han renacido mediante el esfuerzo defensivo y ofensivo contra las desviaciones autoritarias. Y uno de los países en que la lucha fué más tenaz en el campo de las ideas, la Argentina, puede vanagloriarse de marchar hoy en la vanguardia del movimiento anarquista. En la Argentina se ha operado un progreso al que no han llegado los revolucionarios de Europa, y es precisamente debido a su intrínseca doctrinaria, en tanto que los partidarios del anarquismo viejo se encerraban por toda respuesta en la torre de marfil de la tradición, se ha operado un proceso de reafirmación en la esencia cincuentenaria de las ideas de liberación integral, lo que constituye el terreno más firme para toda evolución ulterior.

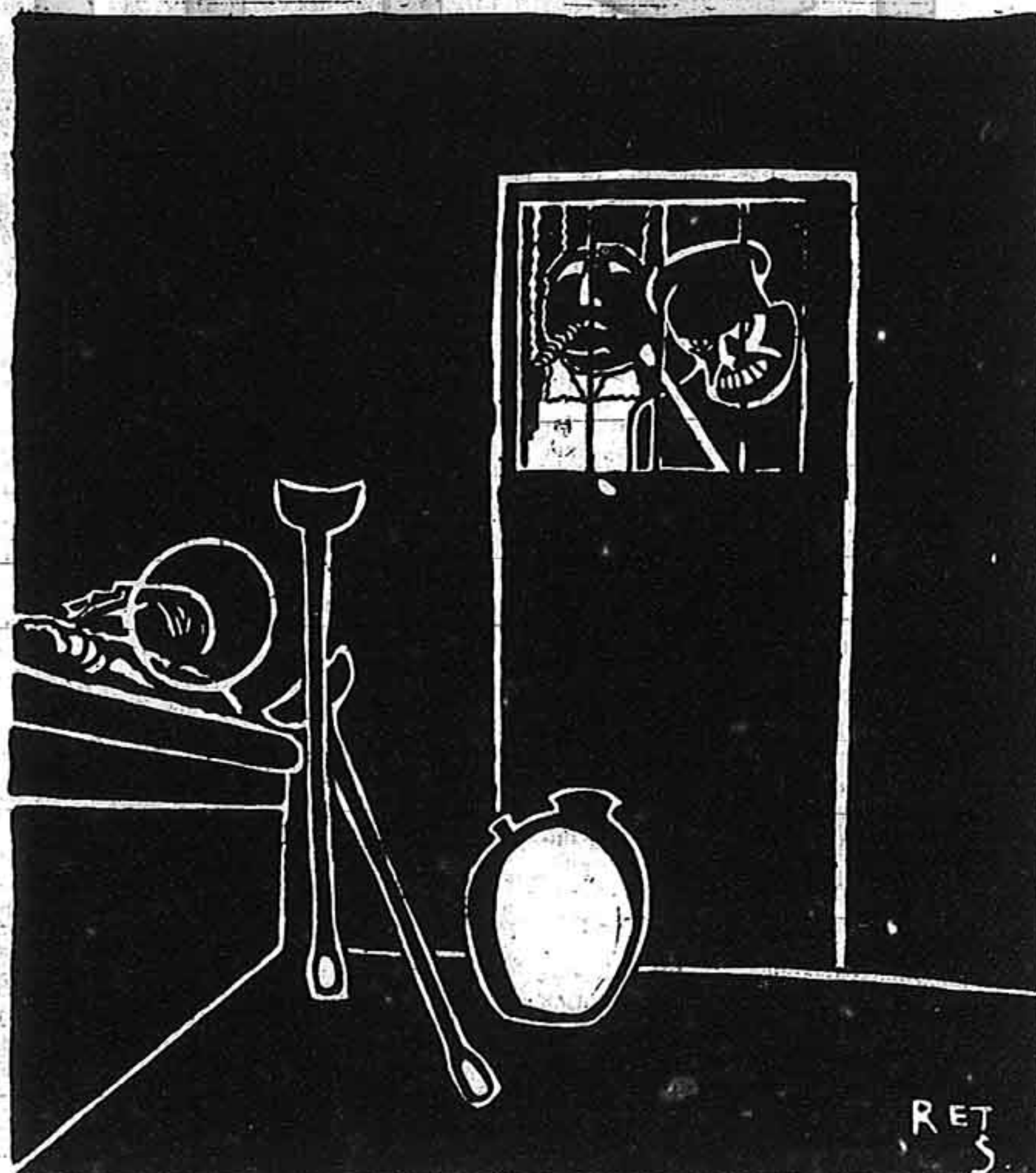
La historia tiene un valor innegable y es cuando la transformamos en un eterno presente. Para ello hay que partir de concepciones más o menos independien-

tes de la moda pasajera, de la veleididad del momento actual. Muchos camaradas han defendido la tesis de acudir a la realidad totalmente desprovistos de nociones preconcebidas y seguir al pie de la letra sus imperativos; se insistía en que el anarquismo no podía aspirar a fundamentar nociones y valores de un significado independiente de la realidad actual. Pero ¿cómo se puede juzgar la realidad sin tener un punto de apoyo superior a la realidad misma? El viejo pleito de los idealistas y de los positivistas se plantea aquí de nuevo. No tomemos posición por unos ni por otros todavía. No obstante, contra los meros positivistas sabemos que el hombre no es un puro producto de la historia, es también un creador; y un factor de la historia. Para ser factor histórico no sólo hay que obedecer a la realidad, hay que reaccionar contra ella, y para reaccionar contra ella nos hace falta estar animados de ideas y de concepciones de un valor relativamente universal y persistente, capaces de resistir al tiempo mismo.

Hay en el pensamiento moral de todas las épocas algo que persiste como esencial y algo que tiene sólo un carácter transitorio; los tradicionalistas retrógrados, reaccionarios, son los que no distinguen lo esencial de lo accidental en el pasado. Nosotros hemos respondido a los intentos de progreso y de renovación de la ideología anarquista con el pensamiento contenido en el pasado de nuestras ideas y de nuestras luchas. ¿Es esto tradicionalismo? Primeramente nosotros no aspiramos a reproducir un pasado, sino a continuar el camino que el pasado nos señala; ninguna de las ideas fundamentales del anarquismo ha sido superada o tachada de contraria a la naturaleza humana y a su dicha, — si hacemos omisión de los críticos burgueses y autoritarios de todos los colores. Nuestro tradicionalismo equivale a una simple afirmación de los valores esenciales de la ideología libertaria; nuestro tradicionalismo no nos liga al pasado al fin por venir, no implica estancamiento sino eterno progreso. Si nuestra reafirmación de Bakunin, por ejemplo, es un acto tradicionalista, no disputaremos por la palabra; lo que es claro es que nuestro tradicionalismo no tiene nada de común con

la historia tiene un valor innegable y es cuando la transformamos en un eterno presente. Para ello hay que partir de concepciones más o menos independien-

La muerte del Héroe



El bugués.— Ahora que duermes (Publicado en el diario el 19 del corriente)

"La situación política española es grave..."



PAGINA DE ARTE

UN GRAN PAISAJISTA INGLES

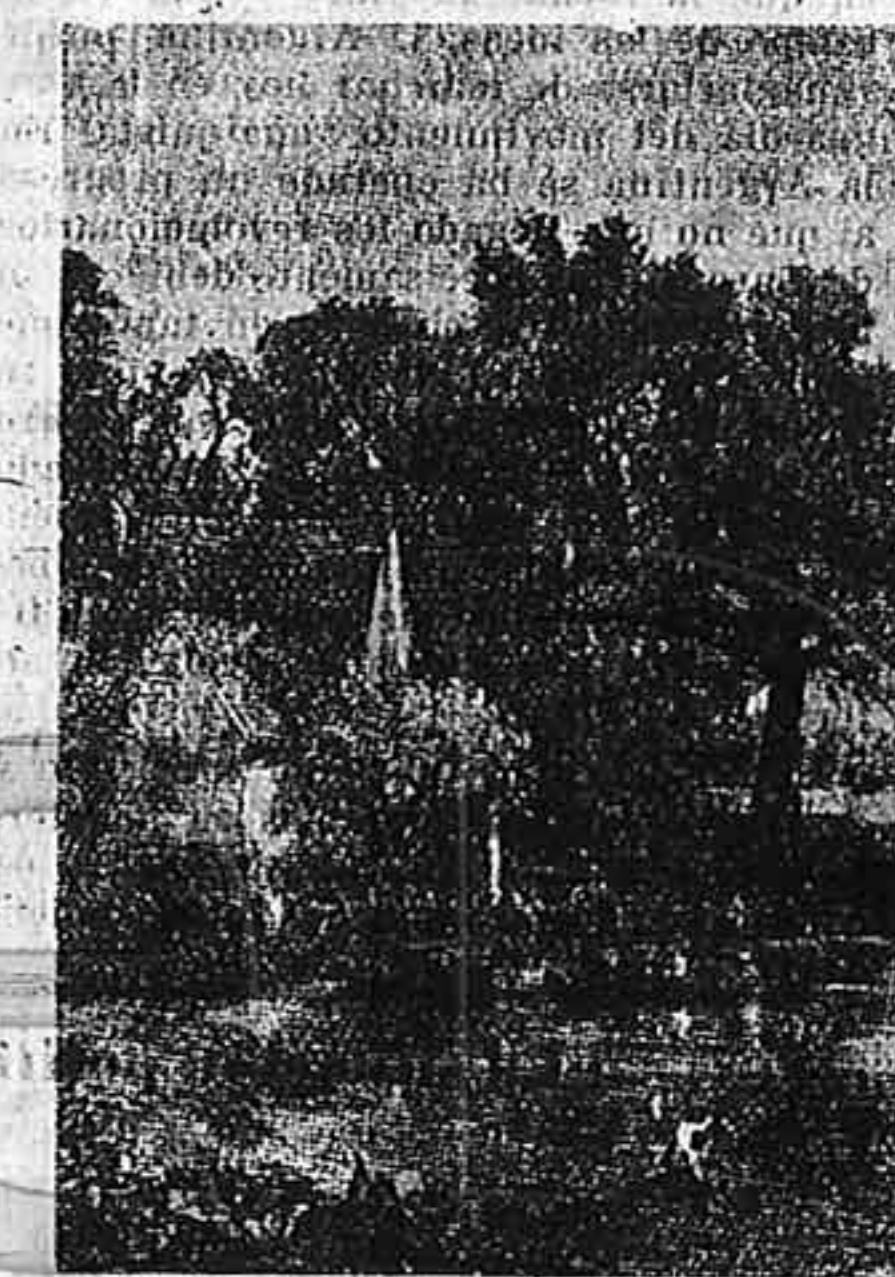
CONSTABLE

Mis cuadros han sido colocados en un sitio de honor. Se ha reconocido la riqueza de su factura así como se está asombrado de la frescura y brillantez de sus tintas, cualidades que no se encuentran en los cuadros franceses. Los pintores franceses, estudian mucho, es verdad, pero solamente a los maestros. Y por lo tanto no conocen a la naturaleza, como los caballos de fiacre no conocen los campos de pastoreo". Así escribía Constable desde París, a un amigo con ocasión de haber expuesto por primera vez en Francia en el famoso Salón de 1824. El artista, desconocido en Francia, exponía una *Vista de Landres, el Canal de Inglaterra y la Carreta de heno*. La sensación fue considerable. Se cuenta que Delacroix, después de ver los cuadros de Constable rehizo en una sección gran parte de su *Masacre de Seol*.

La influencia del pintor inglés en los pintores franceses, fue extraordinaria. Efectivamente el arte del paisaje en Francia, olvidando las grandes lecciones de Poussin y de Claudio Lorrain, o más bien tomando como finalidad el aspecto grandilocuente y heroico de esos maestros, había degenerado en la producción de obras falsas, ampulosas, donde se pretendía reemplazar con fórmulas académicas a la observación sincera y profunda de la Naturaleza. Constable enseñó nuevamente el camino de la gran Maestra.

Nacido en el campo, apareció en el arte de la época como un rústico en medio de un salón lleno de acicalada gente. La crítica, podrida de conceptos estrechos y fríos, lo combatió con saña. El realismo invadía los salones herméticos del ideal. Un soplo de aire campesino, rudo y perfumado de aromas silvestres, derrumbaba los helados cánones arqueológicos. Sin quererlo, Constable revolucionaba el arte del paisaje y como todos los revolu-

cionarios de verdad no hacía sino contribuir a los grandes maestros. Era, dice Vauxcelles, como más tarde Cézanne o Rémoir, el más pacífico de los innovadores y el más tradicional. Construía un arte sensual, succulento, vital, pleno de realidad; no tendía hacia el estilo, ignoraba el apriorismo y no imponía ningún preconcepto a la naturaleza. Pintó durante toda su vida, en tres o cuatro lugares, en una sola estación del año, con preferencia al medio día, amando el medio día estival, la alegría, la plenitud y la fuerza. Constable es, como Millet, el resultado de una raza de campesinos. Fue un pequeño valle inglés que hizo de él un pintor; ese pequeño y verde valle de



CONSTABLE — La carreta de heno

Stour tomó conciencia en su cerebro sano y equilibrado. "¿A qué viajar por Italia?"

A él le basta observar y amar la tierra en que ha nacido. Días y días, como

Claudio allá en la campaña romana — se pasaba contemplando las nubes y los campos.

¿Qué extraño, entonces, que saliera de esa observación pertinaz y reflexiva un arte robusto y vigoroso como las campañas que lo inspiraban?

Su arte está en la raíz del arte del paisaje moderno. Bajo su influencia directa se orientaron los artistas de Fontainebleau, Teodoro Rousseau, Dupré, Diaz, Troyon, por no citar sino a los más famosos.

Volver a la fuente fecunda de la naturaleza es el gran mérito de Constable. Su realismo es el primer presentimiento del arte que vendrá más tarde, lleno de lírico panteísmo, a erigir la realidad del momento, la impresión y la luz, como fuente única de inspiración. Hoy que esta modalidad también ha pasado y que se vuelve hacia un arte conceptivo — quizás

confortante calma el ardor de nuestra frente y algo de la serenidad de sus amplios horizontes parece enseñorearse de nuestro angustiado espíritu.

Heimos perdido un poco los modernos la facultad de amar simplemente las cosas. Un exceso de intelectualismo emponzoña nuestras sensaciones y el mismo impresionismo, nacido fresco, espontáneo y brillante como un rayo de luz, se convirtió en espasmos histéricos, en expresión científica repleta de intenciones pretenciosas o de ingenuidades sosas.

Ya no nos basta simplemente la contemplación de la naturaleza; el pintor pretende analizar la forma y desentrañar en las cosas el esquema, la síntesis metafísica del mundo. Vivimos en una verdadera confusión. Es decir, viven, porque en el fondo todo el confusiónismo actual del arte proviene del querer despojar al arte del sentido profundamente humano que ha tenido siempre, porque el arte no ha sido ni será nunca un medio de investigación científica.

Constable nació en Inglaterra en el 1776 y murió en el 1837.

Nicolás Lamanna

En plena juventud acaba de morir este camarada escultor, a quien nadie pudo acercarse sin amarlo, porque era de esos pocos espíritus que, a pesar de la lucha enconada por la vida, saben conservar intacte y fresca la espontánea cordialidad de la primera juventud.

Demasiado sincero y recto, su obra no tuvo nunca ese aspecto brillante y pretencioso que atrae con facilidad el aplauso y la ayuda del público. A medida que, desarrollando su personalidad moral, abandonaba su concepto de la forma y que su vida iba adquiriendo cualidades plásticas concretas, su aislamiento aumentaba como se le hacía mayor y más torturante su problema de vida.

Quiso vivir de su arte, quiso, como los maestros del renacimiento, ser el obrero

demasiado conceptivo — los cuadros de Constable, serenos, de vigor y libres de sutilezas estéticas y teorías plásticas embrolladas, son como una ventana abierta a plena campaña, un aire fresco, y re-

Hay una tendencia subjetiva del hombre a considerar como progreso todo cambio; pero con el ejemplo que nos presenta el anarquismo en estos últimos años vemos que puede haber cambios que significan un retroceso y reafirmaciones de estabilidad que importan efectivos y reales progresos.

En varios años de rudos golpes y de justificadas vacilaciones e inseguridades hemos reaccionado en defensa del anarquismo con los principios tradicionales por enseñar. Nos hemos convencido de nuevo de la gran significación y de la profunda verdad que nuestras ideas traían; el anarquismo es impotente para comprender la realidad cuando se quiere hacerlo servir a fines que no están contenidos en su doctrina; es impotente para los que no lo comprenden o reniegan de él. Andrea Costa estimaba que el anarquismo era una utopía si no se asociaba a las actividades parlamentarias, y fundándose en esa idea desertó de la libertad, donde había ganado previamente la más amplia popularidad en las masas obreras italianas.

En fin, no obstante la opinión de nuestros adversarios, consideramos haber rea-

lizado un gran progreso, un progreso básico, porque es el fundamento de todo progreso ulterior; hemos aprendido a estimar justamente los valores impercederos del "anarquismo histórico". Es siguiendo la trayectoria de ese anarquismo histórico que queremos ir al encuentro del futuro. Es partiendo de las bases reales del anarquismo cómo queremos progresar, continuar en la obra del perfeccionamiento de nuestra táctica y en la aclaración y ampliación de nuestra ideología. Y a impulsar este progreso impulsamos a todos los hombres de buena voluntad a todos los que sepan distinguir lo que es evolución progresiva y lo que es claudicación, lo que es anarquismo y lo que no lo es tal.

Medio siglo después de la muerte de Bakunin, la Editorial LA PROTESTA se propone editar las obras del gran anarquista revolucionario, inspirada en el deseo de contrarrestar la labor nefasta de los marxistas y de los pescadores en río revuelto que se habían introducido en nuestras filas y de dar a nuestra propaganda un arma de primera fila. La edición de las obras de Bakunin nos plantea el asunto del valor y de los límites de la tradición en el anarquismo. He aquí un problema que se plantea por ahora solo en esta región y que deben resolver los anarquistas regionales.

X. X.



CONSTABLE — Campo de trigo

artista haciendo de su estudio una bottega, donde no era una vana frase de retórica el canto del mármol y el cincel. Porque el escultor Lamanna era un escultor — cosa rara y peregrina en los tiempos que corren — que esculpía. Y como no podía vivir esculpiendo sus obras que nadie compraba, esculpía las de los amigos o las de los no amigos. Así, aquel taller de verdad, que el trabajo quería dignificar y alegrar con el repiqueo sonoro del cincel labrando el mármol, se entristecía con la sonrisa estúpida de los bustos de tantos X burgueses.

¿Quién no sabe de semejante amargura? ¿Qué es, a fin de cuentas, todo el trabajo moderno sino una imposición, un desgaste de energías en cosas inútiles y estúpidas?

Para vivir en otra forma con el arte se requiere condiciones excepcionales de comediante y hombre de mundo. Tal artista de nombre, no es sino un histrión con la columna vertebral flexible. Tal obra rara, con tal teoría genial, bien combinada con oportuna adulonería a críticos y literatos, ha abierto a un fulano las puertas doradas del éxito, es decir, la consideración, el dinero.

Lamanna carecía en absoluto de esas condiciones indispensables para vivir del arte. Mas, a pesar de que su honrad ingenuidad le hizo tolerar a más de un simvergüenza y su ingenuidad creer en mil imposibles, nunca calló su verdad y tuvo la valentía de decir la franca y abiertamente en todas partes, contra sus intereses materiales. Allí está *Acción de Arte* para demostrarlo. Si ese papelucho valiente, único en la historia del país, vivió la vida extraordinaria que tuvo, fue debido a su tesonera constancia, a su valor indomable, a pesar de la guerra sorda, de las enemistades y rencores solapados que despertaba y que se traducían para él en falta de trabajo, y en miseria. Y era padre de familia, lo cual debe tenerse en cuenta aquí, donde pretextos íntimos no faltan para disculpar toda clase de cobardías.

Acción de Arte vivió tres años independiente, gracias a la perseverancia, al desinterés y al amor de Nicolás Lamanna. Por lo tanto, su deseo de justicia, no fué puramente platónico, contribuyó con su esfuerzo para el advenimiento de tiempos mejores.

De pocos, muy pocos, puede decirse lo que de él: que antepone siempre los intereses de la amistad y del arte a los suyos propios. Hablar de su obra de artista — obra que revela la rectitud de su carácter y la sinceridad de su corazón — merece callar aparte. Lamanna es otro de los que, con aptitudes y condiciones morales de artista — quizás por ello — muere antes de dar frutos maduros.

Su obra es interesante, pero el hombre lleno de bondad y de apacible altivez prometía — y sus últimas cabezas lo atestiguan — obra de mayor aliento y solidez.

ZERO

FABULAS

EL HORNERO

Cuando el hornero vio venir al hombre con sus herramientas, limpiar el terreno, hacer excavaciones, lo saludó con su voz simple y buena:

— Buen día, hermano; ¿vamos a trabajar? ...

— Es verdad, contestó el hombre.

El pájaro arquitecto se buscó una horqueta en un tronco propicio y también inició su fábrica.

Acarreó su barro, sus pastillos secos, y satisfecho de su obra, cantaba:

Finalizó su labor y lamentaba no poder ayudar al hombre, que lidaba con las piedras, con los ladrillos, con los trantes pesados.

A la aurora lo recordaba con su canto, a la oración le gritaba:

— Basta, hermano, basta.

El obrero suspendía su tarea y sentábase ensimismado, suspirando, sin encontrar placer en la vida del campo lleno de paz, del cielo cañado de estrellas.

El pájaro reflexionaba:

— El hombre no está alegre... ¿Por qué?... Es tan lindo trabajar, hacer su casta.

— Estará cansado?... Ya vendrá la compensación cuando traiga su familia, en la que debe pensar ahora.

La casa se levantó fuerte y graciosa. Reflejó sus paredes claras, sus ventanas verdes, su techo rojo.

— Si yo no supiese construir mi palacio confortable, te envidiaría, lo elogiaba el hornero.

Por el camino se vio una nube de tierra; se sintió el rumor de un carro aproximándose.

Venía la familia del hombre.

El hornero les dio la bienvenida en su algarabía, con sus gritos repiqueteantes como el martillo del herrero sobre el yunque.

Pero, sorprendido de no ver jubiloso al obrero, y mirándole irse, le interrogó:

— Oh, ¿y ahora que te hiciste tu casa te vas?

— ¡Mi casa!, se dolló el trabajador. ¡Yo no tengo casa!

— ¿Cómo?

— La casa es para los otros... yo soy pobre. Para vivir en ella, cuando nos doblan, debemos hacer otras cosas.

— ¡No la hacias para ti, entonces?... ¡Si embargo! te he visto trabajar con amor como en cosa propia.

— ¡Eres un héroe!

El hombre no sintió las últimas frases. Se alzó encorvado, a prisas, a llevar pan a sus hijos... a continuar levantando casas... para los otros.

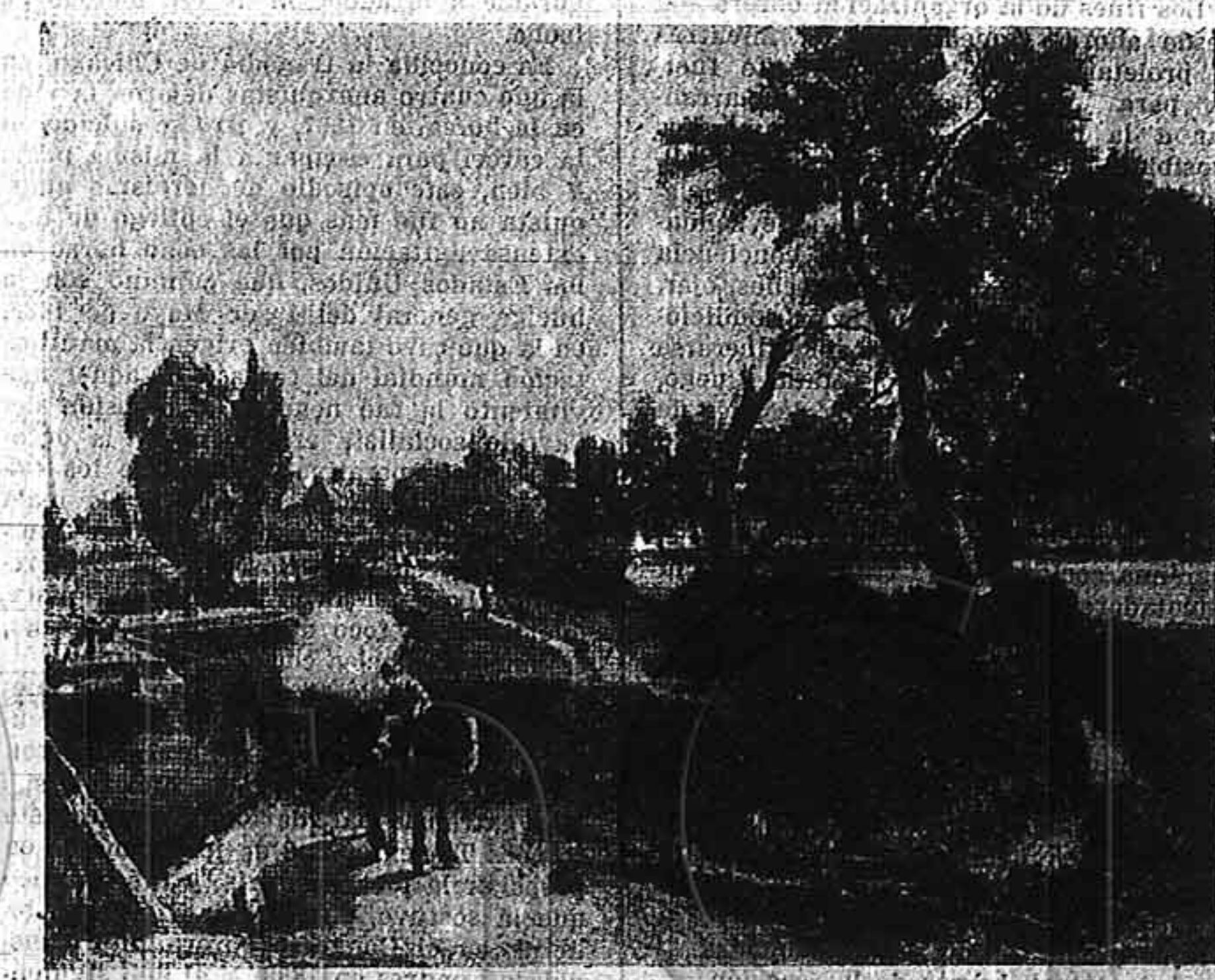
MONTIEL BALLESTEROS

CRIMENES

Una ola de crímenes pasa por sobre nosotros; y nos mancha a todos la sangre. Porque ¿quién no ha tenido un segundo de egoísmo y de cobardía, para sentirse, socialmente, un poco culpable de esos crímenes? ¿Su causa? Muchos son los que hacen su causa en la abolición de la pena de muerte, no en el analfabetismo ni en la miseria. Pero los más espantosos de esos crímenes han sido hechos para robar. Esto, que para la mayoría constituye lo indisculpable, es lo que más disculpa merece. Indisculpable es que un abogado rico, ebrio de celos, haya asesinado a su mujer porque la encontró con un amante; no que un desarrapado analfabeto asesine por la espalda a otro hombre, para robarlo. Este, "ladrón y asesino", es una víctima como su víctima. Aquel, el hombre culto y adinerado, es un matador, culpable irremisiblemente.

AYRÓ YUNQUE

Junio de 1923.



CONSTABLE — El molino

BIBLIOGRAFIA

«Desgraciados» Lorenzo Stanchina — Editorial Tor-Ciudad

Hace ya un tiempo el diario "La Unión" publicó en las columnas de su "Suplemento", una serie de tres cuentos literarios, debidos a la pluma del joven Lorenzo Stanchina, firmados con el nombre del gran escritor noruego Knut Hamsun.

Según testimonio de los redactores del mencionado diario, no bien empezada la publicación se presentó a la redacción Lorenzo Stanchina reclamando por la paternidad literaria de "Desgraciados" con un acopio tal de razones que dejaron en el ánimo de los redactores la convicción de que, en efecto, era Stanchina el autor de las narraciones aparecidas bajo la rúbrica de Knut Hamsun.

Pero lo curioso de este caso no es la suerte ni la trayectoria que recorrieron estas producciones escritas de Stanchina, sino el hecho de aparecer más tarde bajo la firma de Knut Hamsun sin que la crítica bonaerense, que se prela de tan inteligente, se diera cuenta del fraude y tomara por obra de este último lo que era un ensayo literario de joven y novel escritor.

Y aquí dirá el lector: ¿Es que los cuentos de Stanchina se hallan tan maravillosamente escritos que pueden ser confundidos fácilmente con las descripciones impecables y grises del autor de "Pan"? Estos tres cuentos de Stanchina

¿serán otros tres relatos portenos (destinados, acaso, a impresionar la alta crítica, la que finca en nombres y en cánones la prevalencia literaria de un escritor)?

No queremos darnos la molestia de intentar conceptual "Desgraciados" de Lorenzo Stanchina ahora que sabemos, por propia declaración, que éste no es Knut Hamsun. Lo que queremos poner de relieve, en este caso, es la parte de farsa o de convencionalismo que comúnmente hay en la crítica que se oficia en los grandes diarios y revistas y hasta podríamos decir en todos los diarios y revistas.

La simpatía personal del crítico hacia un autor predispone sobranamente su alma para acoger, en este caso, una obra que como tal, e hija del hombre, debe contar forzosamente algo o bueno que ensalzar, cuando es la mira con ojos benevolentes, pero también algo vituperable o culpable cuando ni ella ni su autor tienen punto alguno de concomitancia con las ideas y las preferencias dilectas de nuestro espíritu o de nuestro corazón. Que no puede el crítico prescindir de la arrolladora miseria de que está formado para contemplar el contorno, en este caso el libro escrito, con la majestuosa serenidad del tipo idealmente perfecto, imparcial y sincero, y libre por consiguiente de al mirado en aquello que es carne, sentimiento, ideas, pasión.

Decimos que lo curioso del caso no es la usurpación que de la obra de Stanchina hiciera cierto vena mercantilista, valorándola con la firma de un celebrado escritor, sino el hecho de que entre los círculos literarios de Buenos Aires los trabajos literarios de Stanchina pasaran por obra salida de pluma tan renombrada como la del escritor noruego. No es éste,

no obstante, el primer caso en que la crítica oficialista es sorprendida por un truco de esa naturaleza.

Hace poco hubo de ocurrir en Chile algo parecido. Dos jóvenes poetas lanzaron al mercado literario un libro de poesías, que habían escrito en común, con firma exótica de un sedicente poeta del Jibano. Ilustrando la portada se veía un vate, enormemente barbado, tal como corresponde a un bardo del Asia Menor, y cuya fotografía era la de un vendedor de cordon bien conocido en Santiago. Y bien; dícese que la alta crítica europea, particularmente la parisiense, cayó en el lazo y hubo de anunciar a sus lectores la aparición de un nuevo y supuesto Rabin-drath Tagore, nacido en tierras de Oriente. No es, pues, único el caso de Stanchina.

Digamos ahora que la lectura de los

tres breves cuentos que componen este libro nos revela la existencia de un joven escritor con buenas disposiciones y aptitudes literarias. "Miedo" es un cuento admirable, palpitante de emoción y correctamente ordenado. En cambio, en "Una pobre mujer" trasciende claro tanto que acusa la inseguridad del novel escritor no conaturalizado todavía con un estilo netamente propio, personal y estable. ¿Qué más podemos decir aquí de este breve ensayo de Lorenzo Stanchina?

Basta que la alta crítica, contando aún la parte de arte que hay en ella, haya tomado "Desgraciados" de Stanchina por obra de Knut Hamsun para que el joven escritor se sienta halagado en su virtud literaria y dispuesto a ofrecer al público otros ensayos no menos felices que este.

CRITÓN

La Huelga general y la Revolución

Los fines de la organización obrera son desde ahora, inmediatamente, mientras el proletariado no tiene bastante fuerza para hacer la revolución, arrancar a la burguesía los mejoramientos posibles, defender sus propias condiciones de existencia, desarrollar en la clase trabajadora el sentimiento de solidaridad y de rebeldía, darle la conciencia de todas sus necesidades y derechos, ejercitarla en la lucha y ponerla en condiciones de poder lo antes posible liberarse del dominio capitalista y estatal; luego, en el seno de la revolución y después de ésta, cooperar como instrumento técnico de producción y distribución, como primer núcleo asociado, a la organización de la vida social sobre nuevas bases, para actuar una sociedad libre sin explotados ni explotadores, sin señores ni amos.

Para esto es necesario que la organización obrera procure mejorar siempre más sus formaciones y órganos de funcionamiento, tanto como asociación de combate, cuanto como organización técnica, capaz, en cualquier momento, de substituir a la organización capitalista en las funciones más indispensables de la vida social, la que no podría detenerse ni un solo día sin el peligro de volver a arrojar a las masas desilusionadas y hambrientas en brazos de la reacción.

avorable a la adopción de ese método de lucha.

Es conocida la tragedia de Chicago, en la que cuatro anarquistas dejaron la vida en la horca, en 1887, y otro se suicidó en la cárcel para escapar a la misma pena. Y bien, este episodio de heroísmo anarquista no fue más que el epílogo de una extensa agitación por las ocho horas en los Estados Unidos, que culminó con la huelga general del 1º de Mayo de 1886, en la que tuvo también origen la manifestación mundial del trabajo. A aquel movimiento le fué negada la adhesión del partido socialista americano, y la organización cooperativa llamada de los *Camioneros de Trabajo* se adhirió de mala gana, mientras (como hacía notar Emilio Pouget en un artículo de historia retrospectiva) "el joven partido anarquista, que tenía su foco de acción en Chicago, se lanzó a la pelea con todo su ardor".

El martirio de Chicago llamó de nuevo la atención de los revolucionarios europeos sobre la huelga general, y fueron los anarquistas quienes se hicieron sus más extremos partidarios. El anarquista francés Tortelier fué de los primeros en propagar la idea en París, y fué el único que la sostuvo, entre la indiferencia general en el Congreso obrero internacional de Londres en 1888. Y al año siguiente, en 1889, en ocasión de la gran huelga de los docks de Londres, fué el periódico *La Révolte* de París que, no obstante su carácter prevalentemente doctrinario, hizo la mejor propaganda a favor de la huelga general. Recuerdo al respecto un artículo de aquel tiempo, de Kropotkin, cuya conclusión vale la pena reproducirla:

"Los trabajadores son los verdaderos dueños de la sociedad. Y el día en que los anarquistas que se agotan en estériles discusiones, obren, *trabajen*, entre los obreros para preparar la cesación del trabajo en los oficios que alimentan a todos los otros, habrán hecho por la revolución económica y social más que todos los escritores, los periodistas y los oradores del partido socialista." (1)

Unos años más tarde, particularmente por la actividad de otro anarquista, Fernando Pelloutier, — que Soréll llamó el "padre del sindicalismo" — la idea de la huelga general fué de nuevo puesta sobre el tapete y finalmente aceptada por las organizaciones obreras francesas, por mérito de un trabajo que duró desde el 1893 hasta el 1900. De ese modo la *huelga general* entró en un dominio más vasto; y hoy es una idea común y bien aceptada entre todas las organizaciones obreras de orientación revolucionaria.

Como arma revolucionaria del proletariado organizado — ha sido por mucho tiempo elevada a las estrellas la "huelga general".

La huelga general es, en efecto, uno de los medios más importantes, que no debe ser descuidado, como coeficiente revolucionario. Especialmente en los comienzos de la revolución, la huelga general es indispensable. Pero no hay que ver en ella la panacea, el único medio para resolver todas las cuestiones, ni pensar que la huelga, aún la más extensa y energética, pueda, por sí sola, comprender toda la revolución y bastar para ella.

No hay que exagerar. Indudablemente la huelga general es un eficazísimo e importante método revolucionario; pero es necesario no ser exclusivistas y por ella no abandonar las otras armas de lucha que se pueden emplear siempre contra la burguesía. Así, por ejemplo, si en una revolución el ejército rebeldé emplea, como medio de ataque y de defensa, explosivos de alta potencia como la dinamita, no cometerá por cierto el grave error de olvidar todas las otras armas de menor potencia ofensiva, pero que no son, menos útiles, desde el fusil hasta — a falta de otra cosa — la vieja pica tradicional.

Hasta hace unos años, antes del 1904, los únicos que hablaban entre los obreros de huelga general eran los anarquistas. La utilidad de la huelga general como medio revolucionario fué discutida y sostenida por los internacionalistas anarquistas en el Congreso general de la Internacional, en Ginebra, en 1873. El concepto de la huelga general fué sostenido especialmente por Paul Troussé y André Costa (entonces anarquistas), por Guillaume Aleffri, Jotkowsky y otros. Y la mayoría del Congreso se declaró fa-

ral" en su sentido genuino, no significa más que abstención general del trabajo, esto es, un hecho exclusivamente negativo. En cambio, la revolución debe ser, no sólo un hecho negativo, sino también positivo. Es decir, significará por una parte negativa de la clase obrera a trabajar para los burgueses, a contribuir con su obra a la producción para los patronos, al mantenimiento de las instituciones políticas y económicas de la burguesía; pero significará también obra de destrucción de estas instituciones y de expropiación y, además, trabajo de los obreros en su propio provecho.

Abstención del trabajo asalariado — hecho para los patronos, está bien! Pero, también en tiempo de huelga y de revolución hay necesidad de comer y beber, de moverse, de vestirse; de vivir, en una palabra; Y será muy necesario que, también en ese período, para los trabajadores en lucha haya pan, alojamiento, medios de comunicación y transporte, etc. — si por otra cosa no fuera, — por el mismo triunfo de la revolución.

No se podrá proveer a estas necesidades impelentes si sólo se tiene en vista la abstención del trabajo, aunque sea obtenida de modo revolucionario. Enrique Malatesta decía, en el Congreso internacional de Amsterdam de 1907, que no basta, tras una huelga general revolucionaria, haberse apoderado de las mercaderías existentes en el momento del estallido de las hostilidades, sino que es necesario reactivar lo más pronto el trabajo de producción y ciertos servicios públicos necesarios a la alimentación, a falta de lo cual el hambre pronto impulsaría al pueblo a plegarse a la reacción. En un opúsculo suyo, Kropotkin demostraba con estadísticas como en Londres se moriría de hambre después de pocas semanas, si de golpe fuesen cortadas por una huelga todas las vías de comunicación.

El concepto de la huelga general se entiende, pues, en un sentido relativo. Es decir, debe tratarse, no de una verdadera y propia abstención general del trabajo, sino sólo de la cesación del trabajo que aprovecha a la burguesía y sirve al Estado, y de la activación inmediata del trabajo en beneficio del pueblo, dirigido y organizado directamente por los obreros. Esto presupone naturalmente la toma de posesión de la tierra, de las fábricas y talleres, de los medios de locomoción, etc., todo ello puesto inmediatamente al servicio de todos. De este modo el público se sentirá afecto a la revolución, mejor aún que con la ausencia de todo servicio de avarillamiento y de transporte.

Para tener una idea de la fuerza de irradiación de un movimiento así conducido, imagínese por un instante una huelga de tranvías en la propia ciudad. Por justas que puedan ser las reclamaciones de los obreros, no por esto resulta menor el daño por la falta de un servicio tan importante; y muchos en su corazón maldecirán la huelga y le augurarán un fin cualquiera, aunque se trate de obreros. Pero si los tranvías, al romper las hostilidades con los patronos, hicieran una cosa diferente: es decir, continuaran haciendo correr los coches, y el movimiento de protesta consistiese sólo en negarse a reconocer a los jefes y obedecer sus órdenes, rechazando el dinero del público, prosiguiendo gratuitamente el transporte, ofreciendo así a la colectividad un beneficio en vez de un daño, ¿la huelga no tendría acaso una eficacia mucho mayor?

Comprendo que en el actual estado de cosas una huelga de este género — que fuese huelga respecto a los propietarios y prosecución del trabajo respecto al público — no tendría, por otras razones, mucha probabilidad de éxito (2), particularmente si es restringida a un solo gremio. Pero entendida en un sentido más vasto, más general, adquiriría una eficacia práctica y revolucionaria enorme, y tendría muchas mayores probabilidades de éxito y sobre todo de duración.

Porque lo difícil para una huelga general no es tanto el hacerla proclamar, como el hacerla durar. Sobre esto nos alecciona el ejemplo de las varias huelgas generales que ha habido hasta ahora en Italia. Para que una huelga general pueda durar, es necesario que sea general, repito, solamente respecto a los intereses de los patronos y no al interés general del pueblo, al interés de la producción.

En este punto se podría objetar que un movimiento, para asumir un carácter tan complejo, tiene necesidad de otras formas de acción, a más de la huelga. ¡Naturalmente! Es necesario hacer de modo que el ejército no intervenga, es necesario tener una fuerza organizada con la cual defender las conquistas hechas, es necesario apoderarse materialmente de las fábricas, desorganizar los servicios del Estado, etc. — es necesario, en una palabra, hacer la revolución.

Una huelga general que no quiera abortar, y no quiera limitarse a una demostración pasiva de pocos días, debe por necesidad de las cosas convertirse en una revolución. A su vez, para esto, la huelga general es un medio y al mismo tiempo una parte de la revolución, — pero no es por sí misma la revolución, así como el medio no es el fin y la parte no es el todo.

Es preciso tener presente todo esto, cuando se habla de huelga general y de revolución social. Hay ramos de la producción y clases de servicios públicos que en realidad no benefician al público, sino que son solamente medios técnicos y burocráticos para sostener el privilegio patronal y la autoridad estatal, y para esos la huelga debe resultar lo más general posible. Pero para los otros servicios no; estos deben continuarse en beneficio del proletariado combatiente.

Sé bien que muchos fautores de la huelga general la entienden precisamente en este sentido. Ningún revolucionario piensa y cree seriamente que una huelga general que se proponga un cambio radical de cosas pueda limitarse a la pura y simple abstención del trabajo, aún obtenida revolucionariamente, aún seguida por la toma de posesión de las vitualias existentes en el primer momento de la huelga. Pero precisamente por esto es necesario explicarse bien, en interés de la propaganda, para que un errado modo de expresarse no genere equívocos entre la masa obrera.

La locución "huelga general", aún seguida de los adjetivos de "revolucionaria" y "expropiadora" no expresa completamente el significado ni todas las necesidades de la revolución social. En rigor de términos, podría muy bien haber una "huelga general" hecha con métodos revolucionarios, y que incluya actos de expropiación, y sin embargo llegando a fines mucho más limitados que la revolución, y hasta privados de toda intención revolucionaria.

Lejos de nosotros toda idea de desconocimiento o desinterés por una huelga semejante, si se produjera; ella sería también un paso adelante. Pero para claridad de las cosas será necesario darle su verdadero nombre y verla en su propio carácter y no de otro modo.

Si insistió de manera que puede parecer superflua en esta distinción, es porque desgraciadamente hay entre el pueblo y también entre los revolucionarios una instintiva tendencia de pereza, es decir, una tendencia a eludir las necesidades más fatigosas y peligrosas de sus movimientos. Y la substitución de palabras facilita esta tendencia y preludia a la substitución de los hechos. Hoy muchos piensan que huelga general y revolución social son la misma cosa; pero como no es esto, puede suceder que, cuando no se habla más de revolución, también la huelga general pierda el sentido que ahora le atribuyen sus más energicos partidarios, y no le reste sino lo más pacífico que en realidad le es propio, de simple abstención del trabajo.

La historia revolucionaria es rica, en ejemplos de este género. La misma evolución del socialismo, de él de la primera manera, anárquico e inurreccional, al oportunista y reformista actual, es la demostración de cómo las tendencias comodáticas y renunciatorias pueden poco a poco, sin cambiar la etiqueta, mudar completamente la substancia: es decir, acabar presentando bajo el mismo nombre una idea diametralmente opuesta a la que al principio se quería significar con ese nombre.

La huelga general debe entonces, ser considerada por los revolucionarios como un medio de revolución, a emplearse en el modo y en la medida, en el tiempo y en el espacio, según que pueda benefi-

ciar a la revolución social; pero no ser entendida como un substituto de ésta. Sepamos servirnos de ella y apreciemos todo su significado moral y su alcance práctico, y pongámonos en situación de actuarla participando activamente en el movimiento obrero y sindical, pero siempre sin perder de vista el fin anarquista y sin olvidar, ni en las palabras ni en los hechos, en la propaganda y en la acción, la necesaria preparación moral y material de la revolución social.

Novísima evolución de la Rusia de los Soviets

Derrumbamiento económico.

La atmósfera rusa está cargada de siniestros rumores. Considerada política o económicamente, por todas partes se encuentran síntomas de incoherencia, que son más significativos que volúmenes de tratados teóricos o de análisis abstractos.

La democracia se ha hecho inevitable en la Rusia de los "soviets". Esa democracia que fué ultrajada diariamente durante los últimos cinco años, vuelve lentamente por sus fueros y es introducida por los propios comunistas. Y como todo lo que ha sido introducido por el poder de los bolcheviques, hay aquí también una especie de disensión: las mismas viejas ideas, pero penetradas por el aparato de "la dictadura del proletariado".

Vivíamos, y vivimos aún, bajo la dictadura del capitalismo proletario. Se sabe generalmente que ésta no trabaja libremente. Por tanto se intenta ahora dar el próximo paso: dictadura del proletariado y democracia, — una especie de monstruo de dos cabezas que fracasará tan exactamente como ha fracasado el capitalismo especial moscovita... y así nos acercamos más y más al capitalismo corriente, ordinario, natural, y a una democracia rasa, interpretada a la manera menchevique.

Un amigo de Moscú, — que tanto en el desenvolvimiento industrial como en el desenvolvimiento agrícola está muy bien orientado, — escribe lo siguiente: "Un fenómeno notable hay que observar en la superficie de la vida rusa: este es, puede también ser graciosamente raro, el de la superproducción de artículos industriales. No hay mercado alguno. Las gentes del campo están extremadamente agotadas. El sistema de los impuestos lo desordena todo y a menudo origina un formidable desparramo".

En una palabra: "dictadura del proletariado" que es la del capitalismo de Estado organizado, descansa en la percepción de las sumas de su presupuesto únicamente y sólo en los bolsillos de los obreros y campesinos. Dicho de otro modo: mientras que bajo el capitalismo puro y ordinario existe una cierta proporción entre la explotación de los trabajadores y la producción del proletariado, bajo el simplificado capitalismo de Estado la explotación del proletariado es el fundamento y la base de todo el sistema.

"Los círculos superiores de la administración industrial del país no ven ningún otro camino que el del aumento de la exportación a pesar de la carencia en todo el interior del país".

Sabemos lo que significa esto. Después de las noticias publicadas hace un tiempo en la prensa llegó el primer cargamento de productos rusos después de la guerra a los muelles del puerto de Kiel, a fines de febrero. Este cargamento consistió en 50.000 quintales de trigo.

En Rusia hay una terrible carencia de

clar a la revolución social; pero no ser entendida como un substituto de ésta. Sepamos servirnos de ella y apreciemos todo su significado moral y su alcance práctico, y pongámonos en situación de actuarla participando activamente en el movimiento obrero y sindical, pero siempre sin perder de vista el fin anarquista y sin olvidar, ni en las palabras ni en los hechos, en la propaganda y en la acción, la necesaria preparación moral y material de la revolución social.

La historia revolucionaria es rica, en ejemplos de este género. La misma evolución del socialismo, de él de la primera manera, anárquico e inurreccional, al oportunista y reformista actual, es la demostración de cómo las tendencias comodáticas y renunciatorias pueden poco a poco, sin cambiar la etiqueta, mudar completamente la substancia: es decir, acabar presentando bajo el mismo nombre una idea diametralmente opuesta a la que al principio se quería significar con ese nombre.

La huelga general debe entonces, ser considerada por los revolucionarios como un medio de revolución, a emplearse en el modo y en la medida, en el tiempo y en el espacio, según que pueda benefi-

ca sería la victoria final de las células comunistas, — organización que representa ni más ni menos que una rama local de la legislación obrera.

La supresión de las reparticiones de instrucción de los sindicatos es ciertamente característica de la actual disposición espiritual de Rusia: la educación no es allí necesaria ya, lo mismo que en los buenos tiempos viejos. La educación lleva a pensar por cuenta propia, a las consideraciones íntimas — el gran peligro de todo Estado, el peligro aún más grande del Estado marxista ultracentralizado.

Si ganarán o no la lucha los jefes de la industria y de la economía rusa, no puede todavía preverse.

Pero es bastante significativo que puedan ser hechas hoy esas proposiciones con energía sin ser llamados contrarrevolucionarios. Esto sólo demuestra que la dictadura del proletariado no puede llevar a otra cosa que a la degradación mecánica, espiritual y económica del proletariado.

Persecuciones políticas.

Aún nos llegan conmovedoras noticias de Moscú; se refieren a la posición de los anarquistas. Según las informaciones recibidas, uno de los compañeros se tomó la difícil tarea de demostrar tanto a los anarquistas como a los bolcheviques que no tenían derecho para combatir sino que debían encontrar un medio para atacar en común al capitalismo y hallar acuerdos que permitiesen al anarquismo en Rusia dirigir su propia vida.

Este camarada escribió primeramente cartas en este sentido. Después de algún tiempo envió al comité central del partido comunista ruso uno de sus representantes para convenir en las posibilidades de legalizar a los anarquistas en Rusia. Este representante no era otro que el villano Jacovlev, — autor del escrito vergonzoso sobre los anarquistas y los anar-

co-sindicalistas — un hombre sin sentimientos de honor y sin conocimiento que aniquilaría con el mayor gusto a todos los anarquistas si le fuera posible.

Es de lamentar que aquel camarada que tomó sobre sí esa difícil tarea, — sin pensarse de acuerdo anteriormente con los demás compañeros, según nuestros informes, — pudiese entenderse con éste hombre. Como "de costumbre" este "bolchevique" declaró que su partido había tomado una resolución según la cual "los anarquistas que no recomendaron la sublevación armada ni la insuñición directa al Estado y los que combatesen a los anarquistas de esas tendencias podían organizarse libremente y debían tener libertad de prensa. Los anarquistas de tal índole serán libertados de las "prisiones".

Se dejó a nuestro camarada una semana de tiempo para contestar. Algunos compañeros de Moscú, — contra su voluntad influidamente, según escriben, — decidieron sin embargo a escribir esta proposición. A continuación se transcriben las exigencias, establecidas como base posible, para entrar tan sólo en alguna relación con los bolcheviques:

- 1.— Recibo de una copia de la resolución del comité central.
- 2.— Otro representante en lugar de Jacovlev.
- 3.— Liberación de todos los anarquistas y regreso de los deportados.
- 4.— Completa libertad de la prensa anarquista.
- 5.— Autorización para celebrar congresos anarquistas.

Se rehusó una copia de la resolución. El cambio del representante estaba fuera de discusión. Se iniciaron nuevas persecuciones en toda la ciudad como contestaciones. Según nos informan nuestras noticias entre los detenidos se encuentran V. Novoschiloff (de Gólos Truda) y Tscherniak.

La contestación del comité central fué corta y penetrante. Los camaradas están de más.

A. SCHAPIRO

A. P. COHEKOFF

No fué nunca médico activo, pero su trabajo en un pequeño hospital local cerca de Moscú durante un año, y una actividad semejante después, cuando se puso a la cabeza de un distrito médico como voluntario durante la epidemia de cólera de 1892, lo pusieron en contacto con un mundo de hombres y de mujeres de todas las clases y caracteres y, como el mismo dice, le valió mucho el conocimiento de las ciencias naturales y del pensamiento científico en sus trabajos literarios.

Chekokoff comenzó su carrera literaria muy pronto: ya durante los primeros años de sus estudios universitarios (1879) comenzó a escribir (bajo el pseudónimo de "Chekokoff") cortos esbozos humorísticos para algunos semanarios. Su talento se desarrolló rápidamente, y la simpatía que hallaron en la prensa sus primeros volúmenes de cuentos, como el interés que se tomaron por el joven novelista los miembros críticos rusos (especialmente Michailowsky), han contribuido seguramente a dar una dirección más seria a su genio creador. Los problemas de la vida que él trataba se hicieron de año a año más profundos y complejos, y la forma que consiguió señalaba una perfección artística cada vez mayor. Cuando Chekokoff murió en 1904 a la edad de sólo 44 años, su talento había llegado a su completa madurez. Su último trabajo, un drama, contiene tanto su posición en la poesía y una vez — tal de melancolía poética, con la alegría de una vida bien comada, que se habría visto en ese trabajo el comienzo de un nuevo período de creación, si no se hubiera sabido ya entonces que sucumbía en la lista.

Nadie consiguió exponer tanto como Chekokoff los defectos de la naturaleza humana en nuestra civilización actual, y especialmente la perversidad, la banalidad de los instruidos en vista de toda la belleza que infectaba la vida cotidiana. "Está aniquilada de los "intelectuales" la expresión con maravillosa fuerza, variedad y sentimiento. Y aquí está el rasgo esencial de su talento."

Si se leen las poesías y esbozos de Tchekoff en su sucesión cronológica, se ve en él primeramente un autor lleno de un humor desbordante y de un humor juvenil. Las poesías son por lo regular muy cortas, muchas de ellas no pasan de tres o cuatro páginas, pero tienen una alegría contagiosa. Algunas de ellas son solo chascarrillos, pero no se puede contener la risa más cordial, porque hasta las cosas más prosaicas e imposibles están escritas con un encanto inimitable. Y después poco a poco se halla en medio de sus bromas un tono de insensible pequeñez de parte de algunos de los personajes que actúan en el relato, y se siente palpar dolorosamente el corazón del autor. Lentamente, gradualmente, la nota se hace más frecuente, se revela más y más claramente, cesa de ser accidental y se hace orgánica, hasta que finalmente ahoga todo lo demás en toda poesía, en toda novela. Sea la insensibilidad desconsiderada de un joven que quiere persuadir a una muchacha de que la ama, sea la insensibilidad y la falta del más común sentimiento humano en la familia de un viejo profesor, — siempre se repite la misma nota de la insensibilidad y de la baja, la misma ausencia de refinados sentimientos humanos, — o más aún; la completa bancarrota intelectual y moral de los "intelectuales".

Los héroes de Tchekoff no son gentes que no oyeran nunca algo mejor o que no tuvieron mejores pensamientos que los que giran en las más bajas capas de los filisteos. No, han oído tales palabras muy bien, y hubo un tiempo en que su corazón palpó más alto que ahora. Pero la vida cotidiana ha matado esos sentimientos, la apatía se apoderó de ellos y no les queda más que el deseo de vivir el día al día en medio de una pequeñez sin esperanzas. La pequeñez que pinta Tchekoff comienza con la pérdida de la fe en la fuerza propia y en la pérdida progresiva de todas las esperanzas brillantes y de las ilusiones que quita el encanto a toda actividad y luego, paso a paso, esa pequeñez destruye todas las fuentes de la vida: esperanzas rotas, corazones rotos, fuerzas rotas. El hombre llega a un grado en que solo repite diariamente los mismos actos y va al lecho contentó por haber matado el tiempo de alguna manera. Así se hunde poco a poco en la completa apatía espiritual y en la indiferencia moral. Lo peor es que la gran fecundidad de los ejemplos que nos da Tchekoff, sin repetirse, de las capas sociales más distintas, parecen decir al lector que es la ruina de una civilización, de una época, la que nos descubre el autor.

Tolstói hizo sobre Tchekoff la observación de que era de los pocos cuyos novelas se leen con gusto más de una vez. Esto es verdad. Todos los trabajos tchekoffianos, — ya se trate de un pequeño esbozo, de un corto relato o de un drama, — dan una impresión que no se olvidará fácilmente. Al mismo tiempo contienen una cantidad de detalles elaborados hasta lo más mínimo que operan el abandamiento de la impresión de un modo más soberbio y siempre se halla nuevo placer en cada lectura. Tchekoff fue decididamente un gran artista. También es sencillamente asombrosa la diversidad de hombres y mujeres de todas las clases que aparecen en sus poesías, y la multiplicidad de los temas psicológicos allí manejados. Y sin embargo, cada poesía lleva el sello patente del autor, que hasta en las más insignificantes de ellas se reconoce a Tchekoff con su individualidad propia y su carácter y con su concepción de los hombres y de las cosas.

Tchekoff no intentó nunca escribir largas novelas. Su dominio es el cuento corto en el que trata lo más saliente; nunca se propuso seguramente exponer en ellos la historia entera de sus héroes desde la cuna a la tumba, — para eso no sería apropiado un corto relato. Toma solo un momento, un episodio de la vida y lo expone de tal modo que el tipo humano representado se graba para siempre en la memoria del lector, y al luego encuentra ejemplos vivientes de sus tipos, grita involuntariamente: ¡Pero éste es el "Ivanoff" de Tchekoff o el "Deuschetska" de Tchekoff!

En el pequeño espacio de unas veinte páginas y en un solo episodio es despuerto un complicado drama psicológico y un mundo de recíprocas relaciones. Se toma por ejemplo el corto y expresivo

cuento "De la práctica de un médico". Es un cuento en el que propiamente no se cuenta nada. Un médico es invitado a ver una muchacha cuya madre es la propietaria de un gran molino de algodón. Viven allí en una gran casa señorial como los grandes edificios de la fábrica y en medio de ellos. La hija es única y es adorada por su madre. Pero no es dichosa; la mortifican ciertos pensamientos y es ahogada en aquella atmósfera. La madre es igualmente desgraciada porque comprende que su hija lo es también, y la sola persona feliz de la casa es la aya anterior de la muchacha, que funciona ahora como una especie de acompañante y realmente ha disfrutado de los alrededores lujuriosos y de la buena mesa. El médico es invitado a pasar la noche allí y habla con su desvelada paciente de que no está obligada a quedar en su comarca, y de que un ser humano verdaderamente ambicioso encuentra muchas ocasiones en el mundo para una correspondiente actuación. Cuando el médico marcha al próximo día, la muchacha tiene puesto un vestido blanco y una flor en el cabello. Está muy seria y se puede suponer que reflexiona sobre el comienzo de una nueva vida. Dentro de esa mezuquina acción es descubierto ante los ojos del lector un mundo entero de vida filisteas sin objetivos, un mundo de la vida de la fábrica y un mundo de novísimo egoísmo que entra allí violentamente y encuentra apoyo del exterior. Todo esto se deduce del pequeño episodio. Se ven con transparente claridad los cuatro personajes principales sobre los que fué concentrada la luz por un corto momento. Y en los alrededores nebulosos del cuadro perdido alrededor del punto fuertemente iluminado, que se puede adivinar más bien que ver, se descubre un mundo entero de complicadas relaciones humanas en el momento descrito y en el futuro. Si quisiera quitar en alguna parte algo de la claridad de las figuras sobre el lugar iluminado o algo de la nebulosidad de los demás, se corrompería el retrato. Esto puede aplicarse a casi todas las historias de Tchekoff. Aún cuando tengan cincuenta páginas no pierden ese carácter.

Tchekoff escribió también algunas descripciones de la vida campesina. Pero los campesinos y la vida aldeana no son su elemento peculiar. Su verdadero dominio es el "mundo de los intelectuales", los círculos instruidos y semi-instruidos de la sociedad rusa, y éstos los conoce precisamente. Señala su situación de bancarrota, su incapacidad para solucionar el gran problema histórico de la renovación que les tocó en suerte, y la pequeñez de la vida cotidiana en que caen rendidos un gran número de ellos. Desde las páginas de Gogol, ningún escritor ha pintado en Rusia la comunidad en sus diversas formas tan maravillosamente; y sin embargo ¡qué diferencia entre ambos! Gogol trata principalmente lo externo, la pequeñez que llamaba la atención, que a menudo degenera en chascarrillo, de manera que en la mayor parte de los casos provoca una sonrisa o una carcajada. Pero la risa es siempre un paso hacia la reconciliación. Tchekoff nos lleva en sus primeros cuentos igualmente a la risa, pero a medida que aumenta en años, y considera más seriamente la vida, desaparece también la risa y si bien queda su humor, se siente sin embargo que maneja ahora una especie de pequeñez y de filisteísmo que no provoca la risa en el autor sino el dolor. La inquietud tchekoffiana es igualmente característica para sus cuentos como un surco profundo es característico de un rostro amistoso entre los campesinos. Además, la comunidad que Tchekoff pinta es más profunda que la conocida por Gogol. En el alma del hombre moderno, más instruido, surgen conflictos más hondos, de los cuales no podía saber nada Gogol setenta años antes. La "inquietud" en Tchekoff corresponde también a una naturaleza más sensitiva y más refinada que las de las "lágrimas ocultas" en la sátira de Gogol.

Mejor que ningún otro novelista ruso comprende Tchekoff el "crimen" fundamental de aquella masa de los "intelectuales" rusos, que ven muy bien la parte obscura de la vida rusa pero no tienen la fuerza de adherirse a la pequeña minoría de jóvenes que se preocupan de levantarse en contra. En esta relación no hay más que un escritor, y justamente

una mujer, Hwoschinskaja (pseudónimo de Krestowsky) que pueda ser puesto al lado de Tchekoff. Sabía, más aún, sentía con cada nervio de su espíritu poético que aparte de un puñado de hombres y de mujeres fuertes la maldición verdadera de los "intelectuales" rusos debía ser vista en la debilidad de voluntad y en sus deseos insuficientemente fuertes. Quizás, sentía él también eso en sí mismo. Y cuando en cierta ocasión (en el año 1894) se le preguntó en una carta: ¿Qué debe exigir un ruso en la época presente? — escribió como contestación: "¡Exigir! le es preciso ante todo exigir la fuerza de carácter. Tenemos bastante de llorona indecisión".

Esa carencia de fuertes exigencias y esa débil voluntad fueron descritas por él siempre en sus héroes. Pero esta preferencia no era un puro accidente de su temperamento y de su carácter, sino un resultado directo de su época. Tchekoff tenía solo 19 años cuando, como hemos visto, comenzó a escribir en el año 1879. Es decir, pertenecía a la generación que en sus mejores años atravesó las peores épocas que experimentó Rusia en la segunda mitad del siglo XIX. Con la muerte trágica de Alejandro II, y la subida al trono de su hijo Alejandro III, había llegado el fin definitivo a una época, a la época de los trabajos progresivos y de las esperanzas brillantes. Todos los enormes esfuerzos de aquella joven generación que entró en la arena política en el setenta y que se había dado como consigna el símbolo "¡Estad con el pueblo!", todos estos esfuerzos habían terminado con una derrota aniquiladora, cuyas víctimas gimen ahora en los presidios y en los campos nevados de Siberia. Sí, más aún. Las grandes reformas, inclusive la abolición de la servidumbre, que habían sido realizadas en el sesenta por la generación de los Herzen, Turgueneff y Tchernichewsky se comienzan a tratar ahora por parte de los elementos reaccionarios que se habían amontonado alrededor de Alejandro III, como equívocaciones. Nunca comprenderá un habitante de la Europa occidental la profundidad de la desesperación y de la tristeza sin esperanzas que se apoderó de la parte intelectual de la sociedad rusa en los diez o doce años que siguieron a esa doble derrota, cuando llegó a la conclusión de que era incapaz de romper la pereza de las masas y de influenciar la ruta de la historia y de colmar el abismo entre sus altos ideales y la desconsoladora realidad. En este concepto, el 80 fué tal vez el período más obscuro que ha experimentado Rusia durante los últimos cien años. Hacia el 50 los "intelectuales" tenían por lo menos confianza completa en sus propias fuerzas; ahora la habían perdido. Fué en este tiempo cuando empezó a escribir Tchekoff y como verdadero poeta que sentía y reaccionaba contra los sentimientos de la época, fué el pintor de aquel derrumbamiento, — de aquella bancarrota de los "intelectuales" que pesaba como una montaña alpina sobre la parte instruida de la sociedad rusa. Y también como gran poeta pintó el filisteísmo de la vulgaridad ambiente en tales rasgos que su retrato sobrevivirá a los tiempos. ¡Cuán superficial es comparativamente el filisteísmo en las descripciones de Zola! Francia no conoce quizás el mal que entonces consumía el mercado de huesos de los "intelectuales" rusos.

A pesar de todo Tchekoff no es indudablemente un pesimista en el sentido propio de la palabra: si él hubiera desesperado habría tomado la bancarrota de los "intelectuales" como una necesidad del destino. Una palabra, como por ejemplo "fin de siècle" le había desconsolado. Pero Tchekoff no podría hallar satisfacción en tales palabras, porque creía firmemente que era posible una vida mejor y que esta llegaría. "Desde mi niñez — escribió en una carta íntima — he creído en el progreso, porque la diferencia entre la época en que se ha notado y aquella en que cesaron de hacerlo (en el sesenta) fué formidable".

Hay tres dramas de Tchekoff. "Ivanoff", "Tío Wania" y "El jardín de cerezas", — que señalan claramente como creció con los años su fe en el futuro. Ivanoff, el héroe del primer drama, es la personificación de la bancarrota de los "intelectuales", de que he hablado más arriba. Antes había tenido sus altos ideales, y este es el motivo por el cual sus

cha, una muchacha llena de elevadas aspiraciones, — uno de aquellos tipos de intelectuales elegantes en cuya descripción se revela Tchekoff como verdadero heredero de Turgueneff, se enamoró de él; pero Ivanoff sabe que está gastado, que la muchacha ama en él lo que no existe ya, que el fuego sagrado no arde en él más que como un recuerdo de mejores años que no volverán. Y mientras el drama ha llegado a su punto culminante y debe ser celebrado el matrimonio con Sascha, se suicida Ivanoff. El pesimismo triunfó.

El drama termina en el anuncio desgarrador de la resignación y del auto sacrificio de Sonia y de su tío. "No importa, dice Sonia, debemos vivir. Tío Wania, viviremos; viviremos una larga serie de días y de noches; soportaremos pacientemente los dolores que el destino nos ha impuesto; trabajaremos para los demás, ahora y después, y hasta en nuestra vejez, y no conoceremos el descanso; y si ha llegado nuestra hora moriremos sin quejarnos, y allí, del otro lado de la tumba, encontraremos descanso!"

Aquí hay finalmente un rasgo reconciliador que suena a través de la desesperación. Queda la fe de Sonia en su capacidad de trabajar y en su disposición para realizar ese trabajo, aún sin dicha propia. Pero a medida que la vida rusa pierde en obscuridad, comenzando a germinar las esperanzas en un porvenir mejor para nuestro país en los comienzos primarios de un movimiento entre la clase obrera de los centros industriales, al que se adhirió inmediatamente la juventud instruida, es la medida en que los intelectuales se reaniman y se disponen a sacrificarse para alcanzar la libertad para todos, para el pueblo ruso y en esa medida comienza también Tchekoff a mirar el porvenir con esperanza y optimismo. El jardín de cerezas de un noble terrateniente, que era un verdadero jardín de hadas cuando los árboles estaban en completa florescencia y cuando los ruiseñores cantaban en su espesura, ha sido derribado despiadadamente por un hombre de dinero. Nada de flores, nada de ruiseñores, sino dinero en su lugar. Pero Tchekoff ve más lejos en el porvenir: ve la posesión en nuevas manos y en el mismo lugar se vuelve a levantar un jardín, un jardín en que hallarán nueva dicha todos.

El influjo de Tchekoff durará, como dice Tolstói, y no se limitará solamente a Rusia. Ha dado al cuento corto y a su modo de tratar la vida humana una significación tal que se ha convertido en un reformador de nuestro medio literario. En Rusia tiene ya una serie de imitadores que lo reconocen como cabeza principal de la escuela; pero llegarán alguna vez al mismo sentimiento poético inimitable, a su manera especial de amor natural y ante todo, sabrán hallar como Tchekoff risas bajo las lágrimas, todas las cualidades indisolublemente ligadas a su personalidad?

Por lo que se refiere a sus dramas, son los trozos favoritos del teatro ruso, tanto en la capital como en las provincias.

Pedro KROPOTKIN